

cias de esta ocupacion, é impulsados por una ávida codicia, tomaron cuanto pudieron cargar, y esto fué su ruina. Matólos el oro, (dice Gomara) pero murieron ricos; ironía picante y la mas jocosa que pudiera decirseles. El orden de esta marcha de muerte fué el siguiente. La vanguardia se confió á los capitanes Gonzalo de Sandoval y Antonio de Quiñones con doscientos españoles y veinte caballos: la retaguardia á Pedro Alvarado, Cristobal de Olid, Diego de Ordaz y Juan Velasquez de Leon: en el centro iban los prisioneros, gente de servicio, el bagaje á las órdenes de Cortés con cien infantes, y cinco caballos; las tropas auxiliares de los indios que componian mas de siete mil hombres se dividieron en tres cuerpos del ejército; emprendieron la marcha por la que hoy es calle de Tacuba, y todo sucedió como lo ha referido el P. Sahagun, de quien solo distero en quanto al número de muertos, pues creo con Clavijero que fueron cuatrocientos y cincuenta españoles, y cuarenta y seis caballos; murieron igualmente los prisioneros, un hermano, un hijo y dos hijas de Mochtezuma, y Doña Elvira, hija de Magiscatzin, senador de Tlaxcala; perdióse toda la artilleria, que calculo en diez y ocho piezas chicas, incluidas doce de las tomadas á Narvaez, los manuscritos de Cortés, y lo que le fué mas sensible, los capitanes Velasquez de Leon, Amador de Lariz, Francisco Morla, y Francisco de Saucedo. La pluma del P. Clavijero nos presenta á Cortés en Popotla sentado sobre una piedra, no ya para descansar de la fatiga de la noche, sino para llorar la pérdida de sus amigos y compañeros. El lugar y las circunstancias no demandaban otra cosa, y sin duda era el mas propio para resolver cual fué mayor de estas tres calaveradas, ¿la de Alvarado en romper la guerra á los mexicanos por robarlos; la de Cortés en salir de noche por lugares que no conocia, ó la de los mexicanos en haberse detenido en recoger sus despojos y en no haberlos acabado en el alcance, haciendo por esta negligencia inútil su triunfo, y por la que perdieron al siguiente

año su libertad? Por fortuna de Cortés, y castigo de los mexicanos, salvó Alvarado y otros, y tambien los farautes ó intérpretes. El primero ha dejado la nombradía de primer ladron de los mexicanos, y agilisimo payaso de maromero: todavia ecsiste el Puente del Salto de Alvarado, y al pasar yo por él, recuerdo la memoria de sus bellaquerias.

CAPITULO XXV.

Como los vecinos del pueblo que se llama Teucalhuacan, salieron á recibir de paz con bastimentos al capitan y sus españoles, cuando fueron espelidos de México, en el barrio que se llama Otancapulco, que ahora es Santa María de los Remedios.

COMO nuestro Señor Dios es infinitamente sabio, y bueno, todas las cosas que hace son buenas y muy acertadas, el cual eterno ordenó en qué tiempo, y por quiénes habian de ser descubiertos los habitadores destas Indias occidentales, y por quienes habian de ser cultivados en las cosas de su santa fé católica. Habiendo llegado este tiempo por él ordenado y señalado en su mente divina para que esta gente idólatra y entenebrecida en las obscuridades de la gentilidad fuese alumbrada en lá fé católica, y aquellos que fueron enviados al descubrimiento desta tierra, como no fueron hereges, ni moros, ni turcos, ni judíos, ni gentiles, mas fueron cristianos católicos, obedientes á la santa iglesia romana, españoles y gente la mas limpia en las cosas de la fé católica que hay en estos tiempos; y por ser católicos cristianos estaban obligados por el voto de su bautismo de hacer cristianamente todo lo que convenia al servicio de nuestro Señor Dios y al buen tratamiento de sus prójimos (aunque infieles); y si esto hicieran ellos como católicos cristianos, nuestro Señor Dios no permitiera que les viniese el desman grande que les vino, pues estuvieron á punto de perderse todos si nuestro Señor Dios, por su gran mise-

ricordia, y por salir con su propósito de convertir á esta gente no lo remediara. Arriba se dijo el desastre grande que nuestro Señor Dios permitió viniese sobre ellos por sus pecados en aquella acequia de México, que se llamaba *Toltecaacaloco*, en la cual acequia quedaron muertos y ahogados mas de trescientos españoles, y muchos mas indios y indias de los amigos, y todos sus caballos, y todo su fardaje quedó allí plantado. Escapóse el capitán con otros muchos españoles, mas en número que los que se ahogaron; y yendolos guiando dos hijos de Mochtheuzoma, el uno señor de Tlacuba, y el otro de Atzcaputzalco, fueron derechos por el camino de Tacuba todos los españoles con su capitán y algunos indios amigos, y los mexicanos les fueron dando caza, hasta que hicieron alto en aquel barrio que se llama *Otoncapulco*, y en este trecho los indios enemigos mataron á los hijos de Mochtheuzoma que iban guiando á los españoles y á otros indios. En este lugar parece que milagrosamente nuestro Señor Dios movió á los de un pueblo que estaba allí cerca, que se llama *Teucalhuyacan* y fueron cargados de bastimentos, recibidos de paz, y los proveyeron de todo lo necesario, admitiéndolos con mucha humanidad y amistad. Durmieron aquella noche en un lugar que se llamaba *Acueco*, donde estuvieron con harto temor y sobresalto, temiendo que los mexicanos habian de ir tras ellos con gran cópia de gente para acabarlos. Pasaron allí una noche muy trabajosa y con mucha tristeza, por haber sabido que muchos de sus hermanos los españoles quedaban muertos y ahogados, y toda su hacienda perdida, y todos los amigos cautivos y muertos, y ellos en gran peligro de acabar allí sus dias en tanta penuria y deshonra. Algunos de cansados y fatigados se echaron á dormir por esos suelos, los demas velaron toda la noche, y estuvieron esperando el fin de su vida, y rogando á Dios que tuviese por bien misericordia de sus animas por sentirse muy cargados de culpas (*) y muy rodeados

(*) Confesion sincera, y no secretas, sino públicas, escandalosas y de grandísimo reato.

de enemigos, y esperándolos por momentos. Fué Dios servido de que los mexicanos se ocupasen en recojer los despojos de los muertos y las riquezas de oro y piedras que llevaba el bagaje, y de sacar los muertos de aquel acequia, y los caballos, y otras béstias, y todo lo echaron en unos piélagos que estaban allí cerca, de manera que quedó limpia el acequia de todo lo que allí habia caído, y por esto no siguieron el alcance, y los españoles pudieron ir poco á poco por su camino sin tener mucha molestia de enemigos.

NOTA DEL EDITOR.

El sábio P. D. José Antonio Alzate, en su gaceta de literatura, de 2 de Octubre de 1792, á la pág. 495, tom. 2, reimpression de Puebla, nota el equívoco en que incurrió su amigo el P. Clavijero, diciendo que Cortés se fortificó en Otoncapolco, en donde al presente se halla el célebre y magnífico templo de nuestra Señora de los Remedios, ó del Socorro. El Santuario (dice el P. Alzate) se halla en una loma, no en un cerro: en ella por su naturaleza no pudo hallarse piedra ni madera para fortificarse; por el contrario, en Otoncapolco se ven las ruinas de una antigua fortaleza, poco distante del templo de los Remedios, pues solo dista tres cuartos de legua; en ella sin duda se establecieron los españoles. Presume, por tanto, el P. Alzate, que allí hay una fortificación antigua, que aunque no sea como la famosa de Xochicalco que describió en suplemento á su gaceta, merecerá muy bien que se observe, y hagan escavaciones por el gobierno.

Descansando en la esactitud con que el P. Sahagun refiere y nombra todos los lugares de la antigüedad mexicana, y por lo que no debe despreciarse ni un ápice de lo que refiere, creo podrémos decir que Cortés se hospedó en la fortaleza de Acueco, inmediata á la loma donde hoy está el Santuario de nuestra Señora de los Remedios.

CAPITULO XXVI.

Como los españoles llegaron al pueblo de Teucalhuyacan, y allí se confederaron con los indios y recibieron dellos buen tratamiento, y bastimentos, y compañía para el camino.

PORQUE nuestro Señor Dios sabe todas las cosas que fueron, y son y serán, no puede errar en la disposicion y órden del perfecto regimiento de todo lo criado, y desta manera podemos decir, que nuestro Señor Dios es tan acertado en todo lo que hace, que en ninguna manera puede errar, y en ninguna manera se puede engañar. El haber castigado á los españoles por sus pecados, fué muy justamente hecho, y el no permitir que todos fuesen acabados, y que hubiese quien los favoreciese, fué sapientísima y clementísimamente ordenado, para que el propósito que él tenia de hacer misericordia con estos idólatras, convirtiéndolos á su santa fé católica, procediese de la clemencia que usó con los españoles, que mereciendo ser todos acabados por sus pecados, perdonó á los que eran necesarios para la conversion destos idólatras servidores del diablo; y como sabidor de todas las cosas, tenia sabido lo que habia de suceder á los españoles por sus pecados. Mucho tiempo antes dió órden, porque aunque muriesen muchos no acabasen todos; y esto fué que ordenó que los otomíes de Tlaxcala estuviesen poblados acá entre los mexicanos, para que en el tiempo de la mayor necesidad los favoreciesen y acariciasen para que no pereciesen todos. Esto hicieron los otomíes de Tlaxcala con sus amigos en este pueblo de *Telcauhuyacan*. Allí recibieron muy buen tratamiento los españoles, y se confederaron con ellos, y tomaron dellos lo que tenían necesidad para llevar bastimentos y para ayudarse dellos, y en lo que restaba del para hasta allegar á Tlaxcala. Habiendo tomado es-

te refresco los españoles en este pueblo, otro dia de mañana comenzaron á marchar por su camino adelante ácia Tlaxcala y llegaron al pueblo de Tepützotla (*), y aposentáronse en aquel pueblo donde mejor les pareció: allí fueron bien recibidos, y tomaron lo necesario para ir adelante, y dormieron allí aquella noche. A la mañana almorzaron todos, y comenzaron á caminar para el pueblo de Citlaltepec (†), y los moradores de aquel pueblo no los osaron esperar, desampararon el pueblo y fuéronse á los montes y á las cuevas y concavidades donde se pudieron esconder, y dejaron todas sus haciendas en sus casas: dormieron aquella noche los españoles, de mañana almorzaron todos, y partiéronse y fueron al pueblo que se llama *Xoloc*: los moradores deste pueblo hicieron lo mismo que los de Citlaltepec. Hicieron noche en este pueblo los españoles, y á la mañana partiéronse, y llegaron á un monte que se llama *Aztaquemeca*, y en la falda dél hay un pueblo que se llama *Cacamulco*: allí se aposentaron los españoles, y hicieron noche. Los moradores deste pueblo hicieron lo mesmo, que desampararon el pueblo y se fueron á los montes á abscondirse. Habiendo llegado á este pueblo los españoles, llegaron tambien á las faldas destemonte los mexicanos que iban en su seguimiento, muy pujantes en número, y muy confiados que no se les podria escapar hombre de ellos: alojáronse en las faldas deste monte, que ellos llaman *Tona*, que quiere decir *nuestra madre*.

NOTA DEL EDITOR.

Dichose há, que por haberse entretenido los mexicanos en recoger los despojos de los españoles vencidos, no cuidaron de perseguirlos para consumir su triunfo, dejáronlos por lo mismo marchar en paz para Tlaxcala en retirada, has-

(*) Hoy Tepetzotlan, colegio correccional de clérigos. Fué noviciado de Jesuitas.

(†) Entiéndase Zumpango, cuyo cerro se dice de Citlaltepec, ó de la estrella.

ta ponerles despues un ejército que les impidiese su entrada en el territorio de aquella república. Esta peregrinacion fué penosísima por casi total falta de víveres, que necesitaban suplir, alimentándose con capulines ó cerezas (como aun les llaman en Oaxaca) y los indios auxiliares de Tlaxcala con yerbas. Gomara dice que el hambre llegó al extremo de comer un español los hígados de un difunto, accion que incomodó tanto á Cortés que quiso ahorcarlo: este general habría sido mas clemente y mirado si hubiera tenido igual hambre. En Tepotzotlan se quedó oculto un hijo de Mochtheuzoma; ora sea por no sufrir las mismas necesidades; ora, por temor de correr la suerte de su malhadado padre y hermanos muertos en la acequia: estos príncipes (dice un historiador) fueron llevados para servir de vehículo á los españoles, y que por los respetos de su padre se abstuviesen de ofenderlos. Despues dicho príncipe fué bautizado en México en la capilla de Señor San José, y lo apadrinó Rodrigo de Paz.

CAPITULO XXVII.

De como los mexicanos despues de haber recogido el despojo de su victoria fueron tras los españoles, y los alcanzaron cave un monte que se llama Aztaquemeca.

EL gran diablo y capitan de todos los diablos, llamado Satanás, el cual reina en esta Nueva-España (*) á todo su placer y voluntad, cuando vinieron los españoles á aquesta tierra, recibió gran desabrimiento, porque por las señales que habian precedido á su venida, tenia conjetura de que nuestro Señor Dios habia determinado de quitarle estos reinos en que reinaba, y por tanto, como alcanzó aquella victoria contra los españoles

(*) Ténome que todavía reine, y que hay muchos lugar-tenientes suyos. ¡Como campea el candor del P. Sahagun en estas líneas!...

recibió gran contento (*); y aunque los indios no tenían propósito de ir contra ellos, él los sugirió y estimuló para que fuesen ellos con todo el poder que tenían y los acabasen todos de matar. Estimulados del espíritu maligno los mexicanos, recogieron toda la gente que fué posible, para que armados y aparejados á punto de guerra, fuesen tras ellos y los acabasen. Fueron con toda la prisa que pudieron muy gran cópia de gente muy bien aderezados, con determinacion de no dejar piante ni mamante de los españoles, y de todos sus amigos. Alcanzaronlos en las faldas de un monte que se llama *Aztaquemeca*, que es en los términos ó cerca de los términos de *Otumba*, alojándose los indios mexicanos aquella noche que llegaron en las faldas del monte, que están ácia la parte del Occidente. Hicieron allí noche, sin dar á entender como habian llegado, aunque los españoles bien lo sintieron; pusieron los mexicanos sus centinelas toda la noche para que no se les fuesen secretamente de noche los españoles. Luego en amaneciendo despues de haber almorzado los españoles, tomaron su camino ácia Tlaxcala, y ya que habian apartádose un buen trecho de aquel monte, los que velaban y atalayaban desde encima del monte comenzaron á dar voces á los mexicanos diciendo: ¡Ah mexicanos! ¡Qué haceis, que ya vuestros enemigos se van huyendo? Lo cual oido, todos los que estaban alojados en las faldas del monte comenzaron á dar grita, y á salir con gran ímpetu en pos de los españoles. Como vieron estos aquel diluvio de gente de guerra que descendió de aquel monte y por los lados, cesaron de caminar, y comenzaron á ponerse en orden para hacerles caza, y así les presentaron la batalla antes que llegasen á ellos. Los mexicanos, que eran muchos, y venian con gran ímpetu y con deseo de desbaratarlos, cercáronlo: por todas partes, y tomándolos en medio, comenzaron á herir en ellos estando así cercados de todas partes, y matábanlos como moscas,

(*) Sin ser diablos, todavía hoy lo reciben los americanos, y ven en este triunfo de sus hermanos la mano de la Divina Justicia, que castigaba aquellos bandoleros, que sin duda traían al gran diablo de todos los diablos.

y ellos á porfia los unos muertos, llegaban otros de refresco. Estaban los españoles como una goleta en el mar combatida de las olas por todas partes. Duró este terrible conflicto por mas de cuatro horas, en el cual murieron muchos de los mexicanos, y casi todos los amigos de los españoles, y algunos de ellos mismos. Llegado el medio dia, con el intolerable trabajo de la pelea, los españoles comenzaron á desmayar. Viendo esto el capitán D. Hernando Cortés, con grande ánimo comenzó á animar á los españoles diciéndoles: "¡Oh hermanos! ¿qué haceis? ¿cómo no os esforzais? ¿Por qué desmayais, y os dejais matar como puerco de estos malditos idolátras?" . . . Diciendo estas palabras con voz alta y muy lastimera, estando á caballo, miró ácia todas partes donde estaban los enemigos peleando, y vió encima de un otero al capitán de los mexicanos adornado con muchos plumajes ricos, y esforzando á los suyos con grande ánimo, y luego llamó á uno de á caballo de los suyos para que fuese con él, y ambos rompieron por el real de los enemigos, y llegaron donde estaba aquel capitán acompañado de otros capitanes y soldados valientes, y llegados, alzaron al capitán, y á otros algunos de los que estaban con él, y los demas comenzaron luego á huir, y toda la demas gente. Como vieron esto, cesaron de pelear y comenzaron á huir con tan grande y mayor ánimo que de antes peleaban. Quedaron los españoles con la victoria, y todos sus enemigos con gran brevedad se desaparecieron, y desto nos informaron algunos de los españoles que se hallaron en esta mesma batalla, y despues tomaron el hábito de S. Francisco, y dellos yo, Fr. Bernardino de Sahagun, oí esta relacion que aquí está escripta.

(*) Cuando no hubiera muchos escritores de ella, yo la daria crédito, por salir de la pluma de un hombre veraz, sincero y religioso, testigo casi ocular y sincróno de todo lo que escribe.

NOTA DEL EDITOR.

La batalla de Otumba, dada segun Clavijero en 8 de Julio de 1520 en la llanura de Tonanpoco, fué sin duda una de las mas brillantes victorias que obtuvieron los españoles con los mexicanos, y en que Cortés mostró tanto valor como inteligencia militar, adquirida por el estudio hecho del modo de combatir con los mexicanos, y demuestra á toda luz cuan necesaria es la ciencia á par que el valor en los generales. Perdida toda la artilleria en la salida de México, se vieron los castellanos precisados á batirse cuerpo á cuerpo y dilatar su frente lo mas posible para cubrir sus flancos con la escasa y maltratada caballeria que les habia quedado, por haber sido preciso traer á las ancas los muchos heridos que los acompañaban. No fué este aquel brillante ejército de doscientos mil combatientes que se figura Solís en su delirante imaginacion para loar á su protagonista Cortés con las espresiones y hermosas frases del castizo lenguaje español que poseía á maravilla, sino una reunion numerosa de las tropas de Otumba, Teotihuacan y Calpulalpan, pues ni aun habia habido el tiempo necesario para la organizacion de tan crecido ejército: los mexicanos no eran tan numerosos como los enjambres de mosquitos de sus lagunas, y la imaginacion afectada de pavura solo era capaz de figurárselos. Cuatro horas de un combatir cruel y tenaz, poca esperanza daban de salvacion á hombres aquejados de hambre y pesadumbre; en tal conflicto, herido Cortés de antemano en la cabeza de una pedrada, mandó á Sandoval, Olid, Alvarado y Avila que le cubriesen la espalda, y acompañado de Juan de Salamanca que cabalgaba en una yegua jovera, penetró hasta el punto donde estaba el general Cihuacatzin sentado sobre unas ricas andas, ornado con un penacho de hermosas plumas, y trayendo el pendon real,

ó Tlahuizmatlaxopili, que era una red de oro puesta en la punta de una lanza que se había atado fuertemente al cuerpo, y que se alzaba cerca de diez palmos sobre su cabeza para sobresalir y ser visto de todos. Los mexicanos jamas abandonaban el campo mientras no se perdía esta sagrada señal de reunion; conducta observada por los valientes Suizos, contándose de un alférez de esta nacion que en un conflicto de guerra, antes que rendir la bandera la hizo trizas y se mascó y tragó sus fragmentos. Muerto el general se dispersó aquel ejército. Lopez de Gomara hace un justo elogio del valor de Cortés en esta jornada, diciendo: "Nunca hombre peleó como él ni los suyos, pues este caudillo con su persona los libró á todos." Ni merece menor elogio la española María de Estrada, muger de un soldado cristellano, pues armada con una lanza dió muestras de gran valor. Gomara difiere del P. Sahagun en cuanto al itinerario de Cortés, y no me parece despreciable, porque habló con este en Sevilla, y por sus relaciones formó su historia, como yo lo he hecho á falta de documentos oficiales, por las de muchos llamados insurgentes cuando escribí mi Cuadro histórico de la revolucion de 1810.

CAPITULO XXVIII.

De el tiempo en que los españoles estuvieron en México en paz y amistad de los indios, y el tiempo en que estuvieron en su enemistad y odio.

LLEGARON los españoles á esta Nueva-España el año de 1519, á veinte y dos dias del mes de Julio. Estuvieron en paz y gracia de los indios todo el mes de Agosto, Septiembre, Octubre, Noviembre, Diciembre y Enero, que es el primero mes del año de 1520. Tambien estuvieron pacíficos todo el mes de Febrero y Marzo. En el mes de Abril, en la fiesta que se llama *Tox-*

catl, donde solian hacer fiesta á *Vitzilupuchtlí*, y tambien en ella mataban un mancebo criado para aquello, á honra de *Tetzcatlipuca*; en esta fiesta hicieron los españoles la matanza en los indios, por cuya ocasion comenzó el odio y la guerra entre los españoles y mexicanos. Vinieron los negocios de la guerra, que habiendo vuelto D. Hernando Cortés de la costa con victoria y aumento de gente, armas y caballos, y prosiguiéndose la guerra, vinieron los indios á encerrar al capitan D. Hernando Cortés con todos sus españoles en las casas reales donde estaban aposentados, de tal manera, que no tenían esperanza ninguna de su vida, sino que salieron de noche huyendo por entre sus enemigos, como arriba queda dicho, con el riesgo que se vió. Todo el tiempo que los españoles estuvieron en México fueron doscientos cincuenta dias, y los dias que fueron amigos fueron noventa y cinco; y despues que se publicaron por enemigos, estuvieron cuarenta dias. En este tiempo estuvieron cercados en las casas reales, y entonces mataron á Mochtezuma (*) y al señor de *Texcuco*: de allí se siguió luego su huida, y el daño que en ella les aconteció, como está arriba dicho. Los que de allí escaparon, fueron huyendo hasta aquel Peñol que se llama *Aztaquemeca*, donde hubo aquella batalla, en que por milagro de Dios vencieron los españoles y huyeron todos los mexicanos; de aquí continuaron su camino los españoles hasta Tlaxcala, y en este mismo año comenzó la pestilencia de las viruelas, de la cual murieron innumerables.

NOTA DEL EDITOR.

Todos los historiadores están contestes en que Hernan Cortés llegó á Ulúa el 22 de Abril de 1519, dia de la cena del Señor ó Juêves Santo, dia de S. Sotero, y así es yerro

(*) No puede explicarse mas claro este concepto. El P. Sahagun le llama al gato gato, y al pícaro mal hombre. Con razon fueron sepultados sus escritos por Felipe II. para que nadie los viese.

de pluma del P. Sahagun decir que fué el 22 de Julio. Cuando sobre esto hubiera alguna duda, no podriamos resolverla por la relacion de Cortés á Cárlos V. en su primera Carta, pues solo poseemos la segunda, que copiando las que dió á luz el Sr. Lorenzana, acaba de reimprimirse en Nueva-York en 1828, sin las estampas de los tributos que se pagaban á Moctheuzoma, y seria necesario recurrir al tomo 3 de la Coleccion de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles, desde fines del siglo XVI, obra del Sr. D. Martin Fernandez Navarrete, en que (se dice) haberse insertado las Cartas inéditas de Cortés.

Equivocóse igualmente el P. Sahagun en el periodo de paz que hubo entre los españoles y mexicanos. La guerra se tiene por declarada entre las naciones desde que una es agresora de la otra sin causa, ejecutando actos de hostilidad, ya en los bienes de sus súbditos, ya en la persona de su monarca. Se ha visto que apenas se hospedaron los españoles en el palacio de México, cuando quitaron luego la libertad al emperador Moctheuzoma, haciéndolo morar con ellos mal de su grado; de consiguiente la guerra debe tenerse por declarada desde el dia 8 de Noviembre de 1519; tal es mi opinion, y será la de todo hombre que reconozca en Moctheuzoma la persona de un monarca legitimamente constituido, y tanto mas, cuanto que su eleccion se hizo por un cuerpo ó colegio electoral con arreglo á la constitucion de su estado. Desengañémonos: lobos y corderos jamas pudieron estar juntos. Ricos y ladrones no pueden vivir en paz.

CAPITULO XXIX.

De las fiestas que hicieron á sus dioses los mexicanos despues que vinieron de la guerra que con los españoles habian tenido cerca de Otumba.

DESPUES de recogido el campo, los españoles prosiguieron el camino hasta Tlaxcala: en todo él no tuvieron controversia ninguna con nadie, seguros llegaron hasta Tlaxcala, y los mexicanos volviéronse á su ciudad y á sus casas, con pensamiento que ya los españoles se habian despedido para irse á sus tierras (pues que habian perdido sus haciendas y sus amigos, y casi la mitad de todos los españoles, y que no osarian mas volver segun iban destrozados, y heridos, y fatigados) y así hicieron junta solemne para elegir señor, y determinar lo que convenia hacer, conforme á los negocios que se ofrecian. Lo primero fué que eligieron por su señor á un hermano menor de Moctheuzoma, que se llama *Cuztlavatzi* (*), y los senadores (cuatro que siempre estaban al lado del señor en todos los negocios) fueron aquí tambien elegidos. Despues destos, los sátrapas y sacerdotes hablaron al señor y su senado, diciendo con gran aparato de retórica (como ellos siempre lo solian hacer) que lo primero que convenia hacer, era hacer gracias, y ofrendas, y servicios á sus dioses por tan grandes beneficios como dellos habian recibido en todo el progreso de la guerra. El señor con sus senadores, se persuadieron luego que aquello era lo que convenia hacer, y así luego todos se dispusieron á hacer grandes fiestas á sus dioses, y á remendar, y limpiar todos sus templos, y á adornarlos ricamente con todos sus ornamentos, y á hacer sacrificios y ofrendas en sus presencias, y á loarlos con nuevos cantares. Entretanto que esto hicieron los mexicanos, los españoles estaban ya en Tlaxcala reposando curando sus heridas, y llorando sus pérdidas y deshonoras. Sobrevinieron las mugeres tlaxcaltecas, y todas puestas de luto

(*) ó Cuztláoztzin, pues varia este nombre el autor.